

# Demente cuerda

## Movimientos de una mujer bien música

Mercedes Gómez Benet

Premios DEMAC 2001-2002



México, 2006

*Demente cuerda. Movimientos de una mujer bien música*  
por  
Mercedes Gómez Benet

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2006, por  
**Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.**  
José de Teresa 253,  
Col. Campestre  
01040, México, D.F.  
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208  
Correo electrónico: [demaclibros@demac.com.mx](mailto:demaclibros@demac.com.mx)  
[demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)

Impreso en México

**ISBN 968-6851-54-2**

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

## ÍNDICE

Introducción común como las arañas y corriente como el agua .....	9
Con eme de Mozart .....	13
Ana Rodríguez I .....	16
Ana Rodríguez II .....	21
Las tripas de Ana Rodríguez .....	26
Don José Román de la Cruz .....	33
Burras y <i>bourrées</i> .....	39
Chuleta de impresionismo .....	44
No es tamal Chaikovski .....	49
Pozole mío .....	53
Las alas de Zanetti .....	59
El poder de ese mago (sueño medio tonto pero no tanto) .....	64
Coda húmeda .....	68

*A mis hermanas, las de sangre  
y las adoptadas por todo el mundo.*

## Introducción común como las arañas y corriente como el agua

Yes, as everyone knows, meditation  
and water are wedded together.

*Moby Dick*, Herman Melville

¡Vaya que cambian los tiempos! Cuando era tímida y pequeña, soñaba con ser escritora. Armé en primaria alguna composición sobre las arañas y los hilos que ellas tejían. La escribí en cuclillas en el jardín de la escuela, arremangándome la falda gris para que nadie me viera los calzones.

Poco después imaginé que mi vida era demasiado simple y aburrida para merecer escribir desde ella: mi historia personal no encerraba aventuras como las de Salgari y Verne. Cargaba, más bien, calificaciones, rosarios, pucheros en ollas enormes, vacaciones y campamentos con muchos chamacos, asuntos que no se mencionaban, pero cuyos dobles fondos corrían como tornados por encima de mis trenzas engominadas.

Dejé la pluma al terminar la composición, porque el tema de las arañas había quedado completamente abarcado en esa tarea: los hilos y su brillo. Tal vez incluí la gestación arácnida y el número de patas de mis amigas. Lo demás no atrapó mi curiosidad. Me dediqué a pensar qué quería ser de grande.

La mejor manera para decidirlo era tumbada sobre la espalda, escuchando el apenas perceptible comadreo de las raíces del pasto mojado. Mejor todavía si alguna de las guías subterráneas asomaba curva al ras del jardín: era la perfecta asa de una enorme canasta que me perteneció

desde entonces, y en la que meto aún toda clase de asuntos ociosos y vitales. Llegué a una importante conclusión: el mundo es así de redondo, así de tejido.

En mi canasta introduzco y saco grillos felices, dolores y traiciones que se arrastran, naufragios y barcos divagando por los chispazos de una infancia llena de abrazos calientitos. En un rincón se asoman las dudas y la doble tracción para saltar de un tiempo a otro, intentando comprender qué cosas combinan mejor con otras.

Entre secretos y tesoros guardados, me llegó la hora de decidir en qué tipo de bicho habría de convertirme al ser mujer. Opciones: otra canasta, una araña más, alguna tejedora o un montón de hilos.

Accidentalmente, como ocurre siempre en todas las historias de todas las épocas, un arpa se me cruzó en la caminata.

Le metí mano poco a poco, y gracias a ella y a un buen grupo de años, inicié el hilado de mi vida interna con el de los aires de afuera, en este mundo de torbellinos, horrores y magia.

De eso tratan algunos de los presentes apuntes que escribí también por azar. Mis mejores amigos músicos vivían fuera del país y añoraban los sabores del chipotle nuestro. Yo retomé la pluma de mi infancia para contarles las ebulliciones de esta ciudad y para admitir, al cabo de muchas confesiones, que me urgían orejas comprensivas y brazos vastos para salir de un silencio largo e inútil. Me di cuenta de que mi propia vida era el mejor ladrillo para pararme a decir, para sentarme a escribir.

Ahora, ya crecida —con caldo de jirafa, como me dijo un viejo sonero en Tlacotalpan—, he aprendido que los hilos que tejen las grandes historias no son sino la unión de

los más pequeños puntos. Pueden ser una fila de hormiguitas constantes que arman frases con las pequeñas redondeces de su paso por el papel o el manchón viajero de arañas que trepan otra vez por otra canasta. Duro y dale: para eso son las palabras.

No pido ningún tipo de disculpa por contar lo que nadie me manda contar. Por necesidad, por placer, por desesperación, por ganas, por desgano, por hastío, por compulsión, por exigencia química, por seguimiento hormonal, por vergüenza. O lo hago nomás porque sí. Porque *sí* bemol, para ser más música.

Soy hija, nieta, madre, amiga, enemiga, con orgullos o generosidades, según el caso. Todo depende del tiempo y la tinta, de los pequeños *pizzicati* del alma, del cristal con que se escuche, de la composición que vaya gobernando mis noches.

Soy también la mayor de diez hermanos, huérfanos sin querer, con todo lo que ello implica.

Crecí bailando *Jesusita en Chihuahua*, sardanas, sevillanas y muñeiras, y alguna salsita en la cocina, para tener a todas mis raíces contentas y para divertirme con la mujer que cocinaba en casa.

Me oriné un lunes en el pasillo de tercero de primaria, enfrente de una maestra bigotona de cuyo nombre no quiero acordarme. La campana había sonado y no había tiempo para desabrocharme los tirantes del uniforme. Al ver el charco amarillento, una compañera me prestó uno de sus calcetines y yo aprendí, mientras mi pie entraba en el acrílón seco, el invaluable significado de la lealtad.

He sido rebelde cuando la armonía lo ha pedido, como obedecen los mejores acordes aumentados. Tengo un espíritu oval que prefiere evitar ángulos fríos como los juicios.

De todos modos ahí están y vivo para saltarlos a gusto, estirando bien las piernas.

Como todo humano, también me he visto disminuida. Además de la fortuna plena que traen las carcajadas y los brincos, he llorado algunos tiempos lentos, bien subdivididos, hasta que la sal se me termina. Dicen que así se llama el dolor, y que a veces sirve para que la savia estire los tallos. Al menos eso parecen decir los ladridos de los perros en invierno, o eso siento cuando el alma duele más.

Tal vez salió aguantador el nudo que até siendo adolescente de trenzas, cuando un niño desnutrido se me murió en los brazos. Trabajé un tiempo en un hospital tarahumara que todavía me marca el pulso. Amarré esos latidos que abandonaron al niño rarámuri y los apreté junto a los míos con una promesa fuerte: quererme como se quiere al mejor prójimo. Lo adorné con un lazo rojo donde cuelgo las nuevas raíces que encuentro en mi expedición, siempre canasta en mano.

Va pues, *Demente cuerda*, por si a alguien le sirve de algo. Y por si llego a tiempo al cierre de la convocatoria de este concurso para el cual reviso los presentes escritos.

Ojalá también me dé tiempo de ir por las naranjas, leer la obra de Britten, exprimir mi sueldo de maestra, aprender los plurales en otras lenguas, iluminar mapas con mis hijas y todo lo demás, que viene siendo muchito...

Silencio, por favor. Pasan las arañas. El agua saluda y el arpa se inclina.

Como dijo Toru Takemitsu en las notas para su obra *Towards the Sea III*: “Quisiera alcanzar un sonido tan intenso como el silencio...”



## Con eme de Mozart

*A Josefa, que me enseñó a preparar arroz*

Cierto mayo sepulté el cadáver de mi madre. Era una madre joven, aunque a mis diecisiete años no me lo pareciera.

Pronto cumpliré la edad en la que su corazón se detuvo. Hoy escucho a un coro cantar: *libera animas omnium fidelium defunctorum de poenis inferni et de profundo lacu*. Trato de hilarle a mi madre un collar con las muchas emes que conforman su ausencia y el maravilloso cordel que encontré para ella: esta música que hoy me vuelve a arrancar el llanto.

Durante el último año de preparatoria decidí estudiar guitarra en el conservatorio. Elegí ese instrumento porque mi abuela paterna prometió regalarme, si aprendía el repertorio clásico, la guitarra que perteneció a mi abuelo andaluz, de quien heredé el tamaño, el humor y la oreja. “Mientras —pensaba—, decido qué carrera elegir.”

Antes de encontrarme un arpa, y casi por concluir ese primer año de estudios musicales, Mercedes, mi madre, la cálida mujer que parió ocho hijos, murió en un quirófano.

La sorpresa paralizó a las muchas personas que la quisieron, especialmente a mi padre, que lloraba bajo la regadera abierta para que sus hijos no escucháramos su dolor.

Lo acompañé al cementerio llevándolo de un brazo. En vano lo cubría con un paraguas demasiado pequeño para tanta tristeza. Su llanto era inclemente. Se silenciaba sólo para encabezar la larga fila del funeral cantando salmos.

De mis ojos, en cambio, no salió ni medio gramo de sal, como si me hubieran tapiado el alma.

Esa tarde, al volver a casa huérfana y empapada, aprendí a hacer arroz para mis siete hermanos menores. En la noche me soñé corriendo entre criptas con vapor asfixiante.

Al día siguiente doblé los vestidos de mi madre en silencio. Los repartí entre sus amigas que se movían diligentes por la casa llena de ecos.

Recordando la voz materna en mis oídos durante semanas enteras, deambulé por el conservatorio apretando en la mano el vacío de sus frases y el estuche de la guitarra.

En el reflejo de las ventanas de clases aparecían el ataúd gris en la sala de mi casa, los gritos de la abuela o mis ojos secos en el espejo. A veces era la imagen de mi padre que cargaba al hermano menor en la despedida final lo que me distraía del solfeo. O la manada de pingüinos negros y blancos que entre cirios nos frotaban la cabeza diciendo: “Pobrecitos muchachos”. Varias veces perdí dictados de voces por el recuerdo mullido de los pechos de mi madre al abrazarnos.

Pocas semanas después ingresé al coro de estudiantes. Los ensayos para cantar el *Requiem* de Mozart se programaron para un periodo vacacional. Mi padre y hermanos menores viajaron al campo en un intento por recuperar la risa. Yo me quedé en casa escuchando un viejo disco de tan maravillosa misa de muertos. Alterné con ella caminatas de lluvia hacia el conservatorio solitario, donde sin saberlo, dormía el arpa que me acompañaría tantos años después. Pisaba charcos de vuelta a casa cantando los intervalos recién aprendidos.

Con la partitura y apasionados esfuerzos, logré conjuntar el nombre de las notas cantadas con el texto en

latín, hasta aprehenderlo en la memoria de los huesos. Cuerdas y fagot introdujeron una terrible verdad. Solemne dale que danos, por piedad, el descanso en *la*, en *re*, cada cual con su luz eterna. Y en remolino desde los infiernos, los que suplicaban piedad al cielo: *Confutatis maledictis, flammis acribus addictis* se estrellaron bajo mi piel, buscando salir. *Voca me cum benedictis* en dulce voz femenina. Mastiqué cada palabra con voracidad animal, con mucha sed. Mientras, los poros me regalaban avisos: escalofríos en cada acorde de las cuerdas, en los cambios de registro de voz; temblores con las transparencias de las notas ligadas y los fraseos perfectos.

Al fin del último ensayo, con la fuga del *Kyrie* acompañando otro aguacero tropical, y parada sobre un puente, pude llorar la muerte de mi madre.

A mis pies, el *Sanctus* y la *Lacrimosa* resbalaron desde mis ojos, saladitos, sobre los autos que viajaban en el periférico. Cayó con ellos la bendita noche, noche de réquiem.

Era hora de su último acorde en *re* menor, y hora de volver a casa. Era ya tiempo de acomodar por siempre ese dolor de muerte en la eme de Mozart. Era tiempo también de poner a secar la ropa y de remojar el arroz.

## Ana Rodríguez I

*A Nati, mi hermanita chilena*

Conocí el nombre de mi bisabuela una noche húmeda y helada.

Dormía yo en un pequeño catre, junto a las arpas, en el sótano que me servía entonces de estudio. Ese cubil se transformó en el resguardo de la voz que me fue saliendo poco a poco entre lecturas a mitad de una sonata y la nostalgia de alguna frase con muchos bemoles, o en las súplicas que a la dulzura acuática del instrumento hacían mis dedos.

Así, lentamente y sin darme cuenta, pasaron largos años de estudio, preñez, frijoles en remojo, desamores, viajes en mecedora, cerros de cartas, niñas en el regazo, música de cámara y recámara, leche en los pechos y cirios de despedida.

El siglo se acercaba a su fin. Sin desearlo, cargué juicios de antaño sobre los hombros. Pesaban demasiado para mis sueños de águila que vuela sobre los valles. No dejaban correr esos aires inquietos que me conminaban a conjugar mil verbos sin permiso alguno.

En meses de difícil ruptura, una de esas noches llorosas, supe que mi bisabuela no murió joven, ni dejó a mi abuela y a sus hermanas huérfanas, como me habían dicho de niña.

Hoy inicio un viaje en el que podré contarles a mis hijas mayores sobre el rigor con que fue juzgada mi bisabuela. Los tresillos cadenciosos de las olas caribeñas y el gusto de estar con mis muchachas habrán de ayudarme

en este juego de la historia. El valor de los cubanos, dueños del ritmo y la risa, sabrá, con la experiencia de sus tremendos ahogos, cómo explicarles a mis chamacas *quasi* mujeres lo que los cromosomas traen de la mano cuando cruzan las fronteras del tiempo.

La música que llevo en la maleta carga conjuros *ya-noamas*. Un talentoso compositor venezolano los acomodó con fineza entre las hebras del pentagrama para mover oídos y entrañas. Trato de que esta partitura selvática, mi boleto a la isla, suelte y acomode los hilos de la siguiente narración.

Nunca se encontraron rastros de Ana Rodríguez, bisabuela mía de la cual oscuras razones me contaron.

Como a todos sus descendientes, me repitieron hasta el cansancio que Flora, la abuela paterna, había sido huérfana de madre desde muy pequeña. Me contaron también que Daniel, su padre gallego, era viajero y recorría Sudamérica vendiendo objetos varios. En uno de esos trayectos conoció a Ana, la chilena, se casó con ella y tuvo tres hijas, que eran mi abuela y sus dos hermanas.

Cuando la crónica decía que las chamacas se habían quedado sin madre, el bisabuelo Daniel las hizo cruzar los Andes en diligencia y las embarcó a España, dejándolas al cuidado de sus hermanas, quienes se hicieron cargo de criarlas en un frío y recóndito pueblo gallego lleno de musgo y tumbas.

Ana Rodríguez, Ana Rodríguez, me repetí durante semanas, como si con ello pudiera revivirla, consolarla por haber perdido tres hijas de golpe y para siempre, como si pudiera contarle la cantidad de nietos que esas hijas le dieron y hablarle sobre el tropel de bisnietos que llegaron al planeta con diferentes destinos marcados en la frente.

Trucos fuertes debieron practicar padres y tíos para que no me llamara la atención el nombre de esta bisabuela en particular. No pregunté en años cómo era, qué le gustaba, qué cocinaba mejor, si se vestía como en las películas mudas o había dejado algún mensaje para mí.

Una prima me informó que la bisabuela no murió a principios de siglo, según nos habían contado. El celoso Daniel sospechó o descubrió que Ana se había enamorado de otro hombre, y que aprovechando una de sus largas ausencias, había tenido algún tipo de trato con él. Un tío viajero, en sus travesías por Chile, trató de encontrar pistas sobre nuestra bisabuela, pero no halló más que silencio y la continuación del secreto tejido en las raíces del árbol familiar.

Sin mayor preámbulo, el bisabuelo sacó a las tres niñas a dar un larguísimo paseo, sin volver jamás con ellas a Chile y marcándolas para siempre con una orfandad inventada y una tristeza que se les grabó en los genes. Regresó a América dando muchas vueltas hasta que la vida lo aventó en Tapachula, donde abrió una tienda de abarrotes años más tarde.

Cuando sus hijas cumplieron muchos años hablando gallego, aprendieron a rezar y a preparar chorizos y jamones serranos, él regresó a Galicia a recogerlas. Eran entonces tres adolescentes desconfiadas que llegaron a Chiapas. Se ruborizaban al ver a los niños indígenas soltar los pezones de los pechos descubiertos que los amantaban entre papayos. Después se hicieron mujeres y parieron nietos de Ana, a quien imagino corriendo desesperada de pueblo en pueblo, o asilada en un manicomio cantándole a una muñeca de trapo y cartón.

Saber su nombre fue, en esos días de dolor, descubrir que una pequeña pieza del rompecabezas ancestral

encajaba en mis ventrículos de narradora. Ayudó en su paso tardío a que los espejos internos dieran forma a la mujer que quise ser desde niña: pude entonces medir el peso de mi nombre completo.

En esos espejos vertiginosos el tiempo adquirió velocidad. Atrapó entre sus espirales zancadas inmensas de este siglo que termina: el llanto de la bisabuela al perder a sus hijas, la siempre huérfana mirada azul de mi abuela gallega, su necesidad de amor por el guitarrista sevillano que fue mi abuelo, esa doble herencia en la médula de mi padre, mi cautela de niña asustadiza, la búsqueda del significado de mi nombre entre el sonido de las cuerdas, la compulsión por meterles mano, mis propios partos y el sopor de las largas noches antes de conocer el nombre de Ana Rodríguez y de poder pronunciar el mío con mayor libertad.

Por todo ello, y por otras razones que no confesaré ni en mazmorra, al acostar a mis hijas pequeñas les cuento historias. Algunas noches, adrezo con cuidado especial mis peculiares versiones del pasado: vidas de familiares falsos y verdaderos, o relatos sobre prostitutas cordobesas torturadas hace dos siglos por cantar versos ofensivos a la moral católica, perseguidas por contonear las caderas o por usar faldas de seda junto a las palmeras que acompañaban su música.

Bajo esas narraciones corren en suspiros otros reflejos: noventa años después del llanto chileno de Ana, decidí conseguir un arpa de madera veracruzana para aprender a tocar sonos antiguos, tan viajeros de siglo en siglo a pesar de la intolerancia. Decidí también darle a mi nuevo instrumento un nombre de peso.

He aquí la historia de Ana Rodríguez, la bisabuela a quien festejé ese inolvidable noviembre de ofrendas:

iluminé para ella el altar de muertos con dibujos de sus tataranietas, flores de colores vivos y panes risueños.

Se las cuento rumbo a una isla donde el tiempo se ha detenido y la música vuela. Lo hago con una certeza especial: el siglo que se avecina lleva ya en su memoria los días y noches de diferentes mujeres que han poblado la tierra y la han cargado de respiros. Varios ovarios. O muchos.

Así es la historia. Al menos así es ésta.



## Ana Rodríguez II

*A Octavio, mi carnal jarocho*

“Sabed que por denuncia que nos ha sido hecha ha llegado a nuestra noticia haberse divulgado y estendido assí en esta Ciudad como en otras varias, y Pueblos de este Reyno ciertas Coplas que comunmente llaman *El Chuchumbè*, que empiezan en la esquina esta parado, las cuales son en sumo grado Escandalosas y obscenas y ofensivas de Castos Oydos, y se àn cantado y cantan acompañandolas con Baile no menos escandaloso y obsceno, acompañado con acciones demostraciones y meneos desònestos, y probocativos de Lascibia, todo ello en grave Ruina, y Escandalo à las Almas del Pueblo Cristiano, y en perjuicio de las conciencias, y Reglas del Expurgatorio, y ofensa de la Edificacion y buenas Constumbres y en Contrabencion de los Mandatos del Sto. Oficio [...] Mandamos prohibir y Prohivimos *in totum* las citadas Coplas, y Bailes por las referidas Censuras y Calidades que comprehenden [...] Asi mismo prohivimos *in totum* unas coplas obscenas, que llaman del *Animal* por escandalosas [...] y se entienda con toda clase de Coplas, Bailes y Sones, deshonestos que se haian imbentado, ò se imbentaren en los subcesivo [...]

[(21 de junio de 1779, Cd. de México, retomando el Edicto de junio de 1767/Dn. Pedro de Benga, Secretario.) Se retoma en Zacatlán y se imprime una copia, 8 de julio de 1779, Juan Matheo Aubel, notario del Sto. Oficio en Zacatlán]”

AGN, Inquisición, vol. 1297, exp.3, ff. 19, 19v, 20, *Sobre el Pan de Xarave, Animal y Chuchumbé*.

El nombre que le puse a mi arpa jarocho fue el mismo que el de mi desconocida bisabuela paterna: Ana Rodríguez.

Cómo no hacerlo, si al tiempo de ponerle las manos encima a su madera había aprendido ya el significado de la intolerancia. Sin sospechar por dónde llegarían las lecciones, como siempre sucede en la sorpresiva vida, las recibí sin aviso en los campos de caña que tanto logran con sus ríos donde bailan las luciérnagas.

Ahí supe que Veracruz ha cargado mucho más que barcos y batallas.

Octavio Vega, hijo de esta tierra bendita, le dio cuerpo a uno de mis sueños: tocar el arpa jarocho. Me presenté a uno de sus talleres en Culhuacán, tarde, sin instrumento, y con el temor de jamás alcanzar la velocidad y soltura de los relajados soneros. Él se rió mucho de mí y en seguida me incitó a seguir los pasos de sus dedos en el son de *La guacamaya*, que en mis primeros intentos más bien parecía la *Pavana del avestruz*.

A la primera oportunidad de fandango accedí a conocer Boca de San Miguel, el verde rancho que tanta tradición musical ha sembrado. Don Andrés y doña Hermelinda, los padres de Octavio, me recibieron en su casa con tortillas abiertas en el comal, cocos y buñuelos generosos.

En una mecedora cerca de la lumbre, don Mario Vega, el abuelo de Octavio, terminaba una jarana para su bisnieto de cinco años. El material consistía en una lata de sardinas vacía, trozos de madera y cuerdas de metal. El propósito era soltarle la mano en el rasgueo al aprendiz, ramita musical de quinta generación familiar.

—Cuando hayas practicado y aprendido suficiente —le dijo con cariño—, entonces te ayudo a construir una jarana de verdad —concluyó.

Me transporté mentalmente, con los ojos cerrados desde ese vasto municipio tlacotalpeño hasta la capital. Ahí se edificaba un nuevo centro cultural de lujo, con las arcas vacías de la patria y sin haber consultado jamás sobre las verdaderas necesidades de enseñanza musical. El resultado: un moderno monstruo sin aire o ventanas para que los músicos respiráramos, salas de grabación cerca de los ruidosos excusados, centros de archivo agrietados, un tropel de policías cuidando aulas vacías, demasiadas extensiones telefónicas para contestar siempre: “Lo siento, ésa no es mi área”, foros con accesos imposibles para los que cargamos instrumentos, peligros de mala hechura y otros absurdos más.

Se colaron varias lecciones entre los intersticios del viento norte que dañaba los oídos de don Mario. Se tapaba las orejas con un paliacate deslavado mientras afinaba su jarana para iniciar los versos de *El Colás*.

Yo recordaba los feroces huracanes inquisidores, intentando en vano exterminar la rica tradición musical que es el son jarocho: música sacra española que entró a nuestro continente hace cinco siglos en barcos del Viejo Mundo. Esas notitas hechas con tinta y plumas de ave se liaron con las danzas de los marineros andaluces, que al igual que mi abuelo sevillano, eran harto afectos al ritmo. Los esclavos africanos aportaron sus manazas hinchadas de contratiempo, y juntaron el pulso de la tierra con la magia inmensa de los rituales indígenas. Las *bailaoras* en el puerto practicaron la mezcla de culturas y dieron a luz la maravilla que son los sones, aventándolos luego por toda América para generar joropos, huapangos y tantas otras delicias.

En mi invisible diccionario jarocho, donde florecen las estacas que separan los terrenos y las palabras, se cargó

de significado la palabra *tradición*. Don Mario, entre garzas, vientos y piñas, y sin decir una sola palabra, me mostró lo que tan sonada palabrita ha sabido continuar durante quinientos años, de boca en boca, de fiesta en fiesta, de padre a hijo. Yo me ahumaba junto al adobo de bienvenida, atónita e impresionada porque el sabio abuelo no recordaba si había comido ya, pero recitaba de memoria kilómetros de décimas al modo del Siglo de Oro.

—Es hora de conseguirme un arpa jarocho —decidí.

La imaginé grandota, lista para ser tocada de pie. Deese con toda el alma vengar con cuerdas y brío a las mulatas que torturara la non-tan-santa inquisición.

Durante el tiempo que tardé en elegir a un buen constructor, y el que se tomó mi arpa jarocho en estar lista, observé la dificultad de mis dedos para soltarse en una improvisación. Con envidia veía a Octavio y a su familia tocando arpa, requinto, jarana, quijada o zapateando sin ninguna preocupación y con la virtud de versar sobre lo que ocurría en el momento.

Hicimos un equipo de trabajo en que yo trataba de escribir en el cuaderno pautado los ejemplos de patrones que conforman el son jarocho. El fraternal maestro Octavio repetía las frases muchas veces, hasta que mi oído aprendió que no todo lo que es papel pautado brilla. Me di cuenta de una enorme carencia en mi formación conservatoriana, y supe que los sones bien podrían aportar algo a la escuela arpística de todo el mundo. Continuamos el experimento hasta que el *Chilpachole de Arpa*, nuestro trabajo, se imprimió con portada verde, sopa roja, jaiba, chile y arpa.

Cuando mi arpa jarocho estuvo lista mucho tiempo más tarde, mis dedos sabían ya moverse por los patrones

asimilados y habían perdido la absurda vergüenza para improvisar y brincar por las cuerdas.

Ana Rodríguez llegó a mis manos feliz de aventar *El Chuchumbé* por los aires, satisfecha con su nombre de bisabuela chilena rescatada y presumiendo aires de varios siglos en este continente. De paso por la historia, celebraba el resultado de las infructuosas prohibiciones de antaño.

A pesar de los golpes en los camiones, las cuerdas rotas que le han dolido, la humedad del amanecer en el campo, las dificultades para hacerle una funda adecuada, las injusticias de hoy y los cambios de tiempo, a mi arpa se le nota en cada corchea un gozo acentuado.

En la esquina está parado  
un fraile de la Merced  
con los hábitos parados  
enseñando el chuchumbé.

## Las tripas de Ana Rodríguez

A la tripa tripa, caramba,  
tripa de cochino,  
mi mamá no quiere, caramba,  
que yo tome vino,  
y si acaso tomo, caramba,  
que sea del más fino.

A la tripa tripa, caramba,  
tripa de mapache,  
mi mamá no quiere, caramba,  
que yo me emborrache,  
y si acaso tomo, caramba,  
que sea con tepache.

A la tripa tripa, caramba,  
tripa de conejo,  
mi mamá no quiere, caramba,  
que yo llegue a viejo,  
y si acaso llego, caramba,  
que no sea pendejo.

Versos del son jarocho *El Canelo*.

Mientras don Mario Barradas construía a Ana Rodríguez con cuerpo de caobilla y tapa de resonancia de arce de Alaska, ocurrió una desgracia en el sótano de mi casa.

La fuerza de las lluvias veraniegas, el sentido de las aguas veloces bajando del cerro y la desfachatez de los constructores sin ética, hicieron que el patio vecino se anegara como pantano.

El agua y el lodo buscaron salida por la parte más baja del terreno, rompiendo el suelo del sótano. Destruyeron

con su entrada sin permiso el húmedo lugar donde tantas horas me encierro para leer notas nuevas y disciplinar dedos antes de un primer ensayo.

Esa noche de junio volví del cine en pleno diluvio.

—Cuántas cosas me suceden con la lluvia —pensé mientras recordaba historias y calores que el agua no pudo apagar y tristezas que los pies helados escondieron en charcos de otros años.

La casa me aguardaba a oscuras con latidos solitarios. Busqué mis propios pasos, una vela y cerillos en la cocina. Como una flama cansada, me dispuse a dormir.

A la mañana siguiente, bajé al estudio con la intención de trabajar pasajes musicales de una obra próxima a estrenarse. Encontré los rastros del lodo irreverente sobre la base del arpa de pedales, mi gran compañera, y horribles evidencias de inundación entre los libros de los estantes más bajos, en el morral de las cuerdas de tripa que esperan estirarse y salir de su siesta para sonar fuerte y en la caja de las cartas más queridas. El suelo se quejaba abierto y roto como zapato en terreno baldío, olvidado junto a su dueño hambriento.

No tuve tiempo más que de recuperar el pulso del corazón y pedir ayuda a una amiga que llegaba. Entre las dos subimos el arpa mojada y en grave peligro. Mientras el instrumento intentaba secarse, del morral que escurría caldos de óxido saqué una a una las cuerdas de repuesto que ahí guardaba. Se deshacían inservibles y lánguidas entre mis dedos como espagueti sobrecocido. El mal tiempo amenazaba con instalarse durante varios días, por lo que estiré las pocas cuerdas que a mi juicio podrían salvarse y las dejé colocadas sobre los muebles de la casa.

El fin de semana de naufragio avanzó con lentitud y angustia: desmontar la base del arpa, limpiar con petróleo y aceite cada pieza metálica y vigilar los movimientos de las vetas. También tuve que abrir las hojas de los libros y las cartas: triste la tinta de antaño que se llevó llorosa las últimas misivas de mi madre y del gran maestro Nicanor, dueño del arte de tañer y señor en toda la extensión de sus octavas.

Transcurrieron semanas en que algunas cuerdas se salvaron, pues una vez disipado el mal tiempo, el torcido que las conforma volvió a pegar. El arpa de pedales sobrevivió y tuve que trabajar horas extra para adquirir las cuerdas faltantes en los lejanos países donde las construyen manos expertas y para pagar el arreglo del piso.

Cuando meses después don Mario me avisó que Ana Rodríguez, mi arpa jarocho, estaba terminada, “con sus poros cerraditos y cara fina viendo para afuera”, fui en seguida a buscarlo para ir juntos a su taller a recoger el anhelado instrumento.

En el trayecto le conté la historia de la inundación, del susto, y de la gran pérdida que significó el tirar a la basura tan valiosas cuerdas.

—Me hubiera dicho —dijo acomodándose la boina a cuadros—. Yo le ayudaba a mi papá a hacer cuerdas de tripa en Tierra Blanca, cuando era chamaco.

Le supliqué que me enseñara a fabricarlas, y al informarme de lo necesario para su elaboración, lo invité a dar un taller para un grupo pequeño que pudiera trabajar en la cocina. Había que conseguir interesados en saber cómo se encordaban las arpas jarochoas en el campo a principio de siglo, cuando no existía el nailon con que suenan ahora los sones en los portales.



Me invadió una curiosidad picosa y cruzaron por mi mente las grandes tradiciones que se pierden en nuestra dolida patria y el futuro que se lleva como río desesperado la tierra de nuestras laderas. Pensé en los muchos años en que trabajé para comprar un instrumento que no se construye en México, en las cuerdas importadas, en los precios de las ediciones de partituras extranjeras y en cómo se encogen nuestras monedas con tantos truenos y chubascos.

A las pocas semanas, pegué carteles en el conservatorio y en las escuelas de música: una convocatoria que además de datos de costo, fecha y horario, pedía como material dos kilos de limones, una cubeta de plástico, dos tripas de intestino delgado de res o ternera, entero y sin ningún tipo de corte (lo que en puestos de vísceras se denomina *olán*, tal y como me explicó nuestro maestro), navaja pequeña muy bien afilada, vela de parafina blanca, trozo de piel de ternera, tijeras grandes, una lija de agua gruesa y una mediana.

Don Mario llegó muy temprano ese 20 de noviembre elegido para dictar su taller, riendo como siempre. Se saboreaba de gusto porque al terminar las cuerdas nos prepararía tacos de tripa frita. Un jaranero y constructor de guitarras, dos ejecutantes de violín barroco, una alumna de arpa y yo lo aguardábamos como si fuera el primer día de la primaria.

Luego de haber pedido la cebolla y el chile para freír el almuerzo con que nos quería agasajar, don Mario nos contó cómo había ayudado a su padre, don Manuel Barradas, a hacer cuerdas en Matías Romero, Oaxaca.

En 1935 él era un niño de nueve años. Al despertar una mañana vio llegar al patio a su padre con un manojo

de intestinos de res. Llevaba en la mano una navaja con cache de asta de venado. Eran las cinco de la mañana y don Manuel ya había ido al rastro a traer el material para hacerle cuerdas a su arpa.

Nacido un año antes de que iniciara este siglo, el padre de nuestro maestro tocaba el arpa desde niño. Su madre insistió en que él aprendiera jarana para acompañar a su hermano, que ya dominaba el arpa. Quería que hicieran dúo para amenizar los bailes y que el dinero se quedara en casa. A don Manuel le gustó más el arpa, así que aprendió a tocarla a escondidas. Lo hizo durante la Revolución y después de andar en la bola se inició en el oficio de ferrocarrilero, trabajo que don Mario aprendió también de él, junto con el de músico y constructor de instrumentos tradicionales veracruzanos. Don Manuel hacía calderas para el ferrocarril, y ahí en la pailería aprendió a trazar planos. Su hijo prefirió la carpintería, por ser más limpia. Con retazos de cedro que encontraba, empezó a construir pequeñas jaranas.

—La verdad sólo lo ayudé a hacer las cuerdas en esa ocasión y en el año cuarenta en Tierra Blanca, porque nos mudamos para allá, y tal vez dos o tres veces más —nos confesó.

Como si no hubiera llovido en sesenta años, don Mario inició con seguridad su enseñanza. Nuestras manos, al principio tímidas y algo asqueadas, se enseñaron a detener el cilindro larguísimo que los animales llevan dentro del vientre y a separar la delgada capa exterior sin romperla. Nos tardamos un buen rato en encontrar la manera rápida y eficaz de despellejar los metros de intestino. A media mañana éramos un equipo diestro y sonriente que dejó a un lado los guantes de hule.

—No hay como meter las manos —nos dijo el experto que tan bien recordaba las lecciones paternas.

Pocas horas después teníamos la telita, como la llamó don Mario, lista para ser lavada con detergente y remojada en jugo de limón.

Después torcimos tiras solas, en pares y en tríos para lograr diferentes calibres. Apretadas, exprimidas y fijadas con unas tarabitas hechas por nuestro instructor, las colgamos de pared a pared dentro de la cocina, pues ese día de la Revolución también hubo tormenta y debían secarse antes de ser lijadas, enceradas y pulidas.

Las cuerdas iniciaron su secado sin el sol veracruzano que las tensa casi en seguida. Mientras recogíamos los desperdicios y limpiábamos mesa y lavadero, me di cuenta de que las tripas sonaban ya, húmedas desde su nacimiento en el tendadero improvisado. Mojadas y sonoras como criaturas recién salidas del útero.

Don Mario se comió un sartén lleno de tripa frita con cebolla y chile, mientras yo masticaba reflexiones. Algunos probamos esa parte de su ritual y nos despedimos contentos de haber participado en la experiencia educativa, con cintura y espalda adoloridas y la especial satisfacción del trabajo concluido.

A la mañana siguiente viví otro despertar de sorpresa. En esa ocasión el pulso del corazón se volvió enorme, como el gran instrumento en el que se convirtió la cocina de la casa: las cuerdas dejaron de escurrir, se secaron, se tensaron: sus tiras de tripa torcida estaban pegadas ya unas con otras y, al tocarse, sonaban con tremenda nobleza. Los animales muertos se habían convertido en música, los dedos en comprensivos cómplices de la transformación, y la casa en una cajota

de resonancia donde mis hijas completaban el contrapunto.

Llamé a los compañeros de taller para hablar sobre las bondades del material y escribí cartas a algunos amigos compositores que supuse podrían vencer las caras de horror y asco de algunos colegas arpistas cuando conocieron los propósitos del taller.

Durante varios días viví de gratitud en los dedos: supieron en yema propia el agarre del material que pulsan. Leí en medio de la obsesión visceral un texto de John Berger que explicaba lo que la gente en el campo es capaz de ver: la ancestral cultura de reconocer de inmediato en un viejo árbol una banca, en la semilla un árbol cargado de fruta y en un animal que agoniza en las manos el vitalísimo sustento.

Encordé a Ana Rodríguez con esos intestinos trabajados, como si fueran los primeros días del siglo, cuando los niños con ojos muy abiertos se fijaban en lo sucedido dentro de las cocinas. Algunos heredarían esas maravillas después a sus hijos, nacidos en los años del nailon. Dejarían que sus genes narraran historias de otros tiempos y contribuirían a trenzar los años bien pegados unos con otros.

—Los animales muertos se convirtieron en música, Ana —le conté en silencio a la bisabuela de la que muy poco sé—. Y tú y esta arpa jarocho llevan el mismo nombre —agregué con mis dedos, sus nuevos ojos dactilares y desde el vientre.

El son que toqué entonces trajo aire de campos muy llovidos.

## Don José Román de la Cruz

En los cerros se dan tunas  
y en las barrancas pitahayas,  
y en los huecos de los palos,  
hormigas y guacamayas.

Jamás encontré en las polvosas aulas del conservatorio referencia alguna a los músicos indígenas vivos. Mis trenzas de alumna curiosa se metieron, durante los diez años de la carrera de arpa, por cada rincón del edificio.

Caí en la cuenta de este hueco muchos años más tarde, cuando formé parte del equipo organizador de un encuentro latinoamericano de arpa que por vez primera reunió compositores, ejecutantes e investigadores de todo género musical que incluyera este instrumento de tanta tripa.

Aproveché un recital en San Luis Potosí para enlazar mi regreso por verdes tierras huastecas, ésas que cuando niña escuché nombrar a Gabilondo Soler en su canción *La guacamaya*. Invité en persona a colegas *tének* y nahuas a asistir al puerto de Veracruz, donde se llevó a cabo la fiesta de obras de cámara, fandangos, joropos, música electrónica y manifestaciones varias que se dejaron liar con el arpa.

Al concluir el concierto para los gentiles potosinos que me contrataron, los anfitriones me preguntaron a dónde quería ser llevada a la mañana siguiente. Respondí que necesitaba ir a la terminal de segunda clase para tomar el camión a la Sierra Huasteca. Con cara de asombro decidieron no indagar más y dejarme en el hotel con instrucciones al respecto.

Tomé esa madrugada un autobús que atravesaría lentamente los vericuetos de la sierra. Mi compañero de asiento, vendedor de cinturones tamaulipecos que insistía en los peligros que afronta una mujer viajando sola, se tranquilizó bastante cuando planteé la posibilidad de que los peligros fueran hombres como él.

A través de algunos amigos etnomusicólogos había ya contactado al personal de la estación radiofónica local. No tuve problema en encontrar *La Voz de la Huasteca* luego de caminar un rato entre el follaje de Tamazunchale. Sentí cosquillas de gusto al descubrir chaneques ocultos bajo los tallos de los papayos.

Me acompañaron decenas de pájaros que pondrían verde de vergüenza a varios cantantes, manantiales *allegro assai*, y amables indicaciones de personas descalzas cargando leña y canastas de café en la cabeza.

Al llegar vi a don José Román de la Cruz con su señora Francisca escondiendo la sonrisa en el rebozo. Los acompañaban en la cancha de básquetbol de la estación otros músicos de la zona. Colegas nahuas y huastecos se presentaron sacando naranjas de los morrales de palma. Llevaban, entre mantas bordadas, rabeles y cartonales descendientes de instrumentos barrocos españoles, arpitas de antaño, naranjas y pan traídos de cerros distantes. Cargaban sus tesoros con manos fuertes y curtidas, presentándose con largos nombres y apellidos.

Como don José y yo coincidimos en uno, se rió fuertemente y ofreció ser mi abuelo.

—Ya tienes abuelo tének —dijo.

Luego de tocar y mostrarme una fotografía suya de hacía más de treinta años, insistió en que anotara el nombre del municipio donde vivía, para confirmarle por

correo su participación en el evento de arpas grandes y chicas.

Repitió varias veces su edad, que no coincidía con su fecha de nacimiento, y me explicó con orgullo sus especialidades de constructor, compositor, arpista y curandero.

Me dictó datos que juzgó importantes, acompañándome al atardecer hasta la casa de huéspedes en cuya entrada colgaban una víbora disecada y un letrero que indicaba: *si no se ba a quedar, no pregunte*.

De regreso a la capital, junto con el equipo organizador, trabajé lo necesario para realizar dicho encuentro.

En tan esperada fecha, mientras acomodaba arpas de pedales en el Teatro Clavijero de Veracruz, un estudiante entró para avisar que los músicos de Tamazunchale habían llegado.

Adelante del grupo venía don José, saludando con palmadas, y recitando edad, fecha de nacimiento, municipio y todos los demás datos a quien se le pusiera enfrente.

—¿Qué es esto? —me preguntó después de un consreñido abrazo mientras acariciaba las rojas cortinas del foro.

Le expliqué para que servían tantos metros de terciopelo.

—Como magia —agregó admirado—. Aparecemos y desaparecemos. Y así que esto es un teatro... A nosotros sólo nos llevan a los museos.

Con el peso de su frase dándome vueltas en el estómago, le sugerí enlistar los sonos que interpretaría. Se negó a tocar música vespertina o nocturna, ya que su concierto había sido programado para la mañana. Hasta ese momento supe que cada son tiene hora, tema y propósitos muy definidos.

—Ni modo que le toque a la luna cuando no está. Sería como barrer sin escoba —me instruyó.

Al día siguiente, durante la conferencia de una historiadora argentina que explicó cómo los jesuitas abordaron la sensibilidad musical de los guaraníes, don José Román se sentó afuera del lugar a tocar sonoros saludos al sol con una chirimía. Hubo que pedirle tiempo a la conferencista, hasta que nuestro invitado huasteco finalizara los agradecimientos al cielo que se tocan justamente por la mañana.

Esa noche vendió instrumentos varios que fabricó con sus manos gruesas tallando madera con pedazos de vidrio. Decidió repartir entre los bebedores de tequila y cerveza en una cantina los billetes ganados con dicho trabajo.

—Si la vida ha sido tan generosa y ha sabido darnos tierra, semillas y agua, no veo pues por qué no puedo hacer yo lo mismo —le respondió al asombrado estudiante que trató de disuadirlo.

El domingo de su presentación lo desperté en el escenario dos minutos antes del inicio. Estrenaba pantalones y camisa blanquísimos que compró con lo que le quedó tras visitar la cantina. De camino al mercado, donde adquirió el atuendo papantleco, vio una estatua con placa. Según le explicaron, narraba la victoria de los españoles y sus batallas contra los indios.

—Consígueme un libro donde diga cómo ganaron los de las armaduras. A lo mejor entonces, nieta grandota, aprendo a leer —me pidió mientras lo ayudaba a levantarse de la funda de mi arpa, sobre la que había dormido una siesta.

Salió al escenario orgulloso y sonriente, con su bolsa de nailon a cuadros repleta de tesoros. Saludó como los



candidatos embusteros que conocen por vez primera el campo: con las palmas a ambos costados y la concentración puesta en voltear con ritmo de un lado a otro.

Colocó a los recién tallados gobernadores de la Danza al frente, atestiguando su ritual. Inició el concierto con el hechizo de su presencia contundente y explicaciones sobre los nombres de los sonos interpretados. Se acompañaba articulando las cuerdas de un arpa pequeña con cabeza de perro y plumas de gallina. De vez en cuando interrumpía la música para pedirle al público un trago, o de perdida un cigarrito.

En seguida me llegó el turno de tocar una pieza para arpa y computadora que don José Román escuchó agazapado, acariciando el terciopelo de las cortinas.

Al finalizar el concierto se despidió sacudiendo malos espíritus con hojas de saúco que trajo envueltas desde Tanute, donde doña Francisca esperaba su regreso.

—Tienes un espíritu fuerte, pero vas a necesitar esta bendición especial muy pronto —dijo para despedirse, poniendo en mis manos su arpa.

Hoy veo las palabras que conforman este relato: me parecen hormigas enfiladas cargando migajas de tamal. Avanzan sabiendo el camino, como los arpistas de tierras huastecas que suelen ser chamanes. Sus arpas son tan sagradas, que se guardan en los altares, junto a las velas y a los santos. Hay que raspar de sus costados de madera astillas que se remojan en agua durante varios días de oración. El enfermo bebe la poción de arpa y agua bendita para curarse.

La noche en que don José Román volvió a su tierra, decidí dejar todo aquello que no me dejara respirar. En buena hora recibí su bendición certera: justo al tiempo

del son en que las guacamayas extienden el vuelo. También me entregó la poesía de los nombres de sus sones, y el arpita con plumas de gallina y cabeza de perro con la que encontré el tremendo poder de la música que no supo darme el polvo del conservatorio.

## Burras y *bourrées*

Cuando llevé la propuesta del programa al festival, me sorprendieron dos cuestiones: que una organizadora de eventos musicales ni siquiera hojeara la lista con el nombre de las piezas elegidas con cuidado y que me preguntara con qué ropa tocaba yo los conciertos.

Le respondí que según el frío y la hora elegía entre la falda negra de la orquesta o el vestido blanco multiusos con el que canté en el coro del conservatorio el *Requiem* de Mozart.

Le parecieron pobre el guardarropa y bueno el argumento como para hacerme esperar dos horas en una oficina con fotos de esculturas griegas y columnas góticas. Desde ese lugar promovía eventos en los monumentos de nuestra ciudad mientras llamaba a patrocinadores y localizaba modistos de su confianza en medio de mis bostezos contenidos.

Largos minutos después se acercó a notificarme la aceptación del programa que jamás leyó, y a proponerme una cita para que su diseñador favorito confeccionara un vestido al modo del *Cyrano de Bergerac*, con amplias crinolinas y tela que hiciera ruidito al caminar. (Ella no citó a Cri-Cri, pido disculpas. Simplemente dijo tafeta importada.)

Respiré hondo para explicarle que si el asunto era escuchar un concierto de arpa, bien se podría prescindir de la crinolina, ya que los pies del arpista deben mover siete pedales al tocar, y que la tela ruidosa taparía los sonidos musicales para el público: para eso asiste la gente a los conciertos. Añadí de corazón que yo sólo deseaba

tocar música, no modelar en pasarela mis piernotas de avestruz.

A pesar de todo, ganó la discusión regalando tela, servicio de costura y argumentos enredosos sobre la oportunidad de recibir gratis un buen vestido de concierto. Acepté cansada con la condición de elegir material y forma adecuados para utilizar el encajado regalo en posteriores conciertos.

Tuve que invertir otras tres horas en explicarle al especialista en modas que no era mi intención molestarlo. Le sugerí comprar un inmenso rollo de tela en algún departamento de cortinas y salir del paso con una falda sencilla. Aunque nunca entendió la sugerencia, gané la discusión con un vestido útil para desempolvar sillas de teatros olvidados de la mano de las primeras damas sexenales.

Llegó el día del concierto. Era un viernes contaminado, con alarma de contingencia ambiental y polvo volando por todas partes. El sol insistía en hacerlo brillar. Conseguí un transporte para desplazarme con arpa, banco, atril, partituras, vestidote y demás herramientas de trabajo a la Plaza de la Inquisición.

Mientras el transportista se quedaba a un costado de la iglesia negociando con policías panzones y cuidando mis materiales, yo corrí a buscar al sacristán para que me permitiera descargar. Varias de las puertas del templo estaban cerradas. Cuando finalmente lo encontré, me pidió que lo esperara unos momentos para ir a buscar las llaves del coro.

Salí a avisar que podíamos empezar a bajar cosas, cuando se me adelantó una mujer descalza, calva, hambrienta, con llagas en los anchos pies y cargando trastes de peltre entre los harapos color petróleo.

—¿Puedo ayudarle? —me preguntó amablemente.

—No se moleste —respondí mientras bajaba el banco y el atril.

—¿Usted es la que va a tocar esta noche? —insistió, alargando un par de brazos con terrible historia.

Mientras el transportista y yo bajábamos el arpa del auto, ella tomó el banco, el atril, la mochila con cuerdas y partituras y se unió al paso del recién llegado y atónito sacristán que me hacía señas con los ojos queriendo alejar a la mujer.

Ella me preguntaba datos sobre el concierto mientras nos acercábamos al atrio. Me pidió mi currículum para recomendarme con unos promotores que dijo conocer en España. Me explicó que quería organizar un buen festival de música con solistas mexicanos. El sacristán seguía levantando las aterradas cejas para impedir mayor conversación. Yo respondí a su miedo invitando a tan eficiente voluntaria al concierto.

—Mmm, ¿qué va a tocar? Digo, para saber si me conviene venir —dijo mostrando sus sonrientes encías desdentadas.

—La *Suite francesa número seis* de Bach —le respondí.

—Huy, de plano sí voy, me encanta esa música. Mi parte favorita es la *Bourrée*.

El sacristán bajó las cejas hasta el empedrado y yo guardé un larguísimo silencio.

Cuando pude hablar le pregunté cómo se llamaba. Le sugerí también que llegara temprano al concierto, preguntara por la edecán encargada de entregar boletos de cortesía a los invitados y que le dijera que su nombre era Sara.

Sara desapareció entre los arcos del atrio. Yo entré a la iglesia para ensayar con acompañamiento obligado de señoras perfumadas que discutían en voz alta dónde colocar los arreglos florales.

Llegó finalmente la hora del concierto. Afuera de las puertas de la iglesia se escuchaban voces. La alharaca creció como coral de trombones, retrasando la entrada del público y el inicio del evento.

Cuando el templo se abrió, un tropel de personas entró a ocupar los insuficientes asientos previstos. Una de las edecanes me pidió con voz nerviosa que empezara de inmediato.

En la calle la sirena de una patrulla se alejaba. Las puertas se cerraron, saludé al público y busqué con la mirada a Sara. Me pareció extraño no verla sentada, sonriendo con su boca llena de cicatrices.

Empecé a tocar pensando en ella, en sus poros escondidos y en sus preferencias por Bach. Mientras desfilaban las danzas de la suite y mis dedos avanzaban con ellas, el frío de Sara en sus noches sin techo se deslizó por el vestido nuevo y mis más cimbradas vértebras. Toqué y toqué hasta la última nota. Terminó el concierto y el fin del día que quiso empezar bien, mordió la noche con crueldad.

Me enteré al apagarse las últimas luces y sacar mi instrumento del coro, que quienes recogían los boletos del festival se rieron cuando Sara dijo que era mi invitada especial. Llamaron después a la patrulla de la esquina cuando ella se violentó sacando sus puños de las faldas rasgadas. No me dieron más informes aunque les aventé un seco e inservible reclamo que encontré entre los pliegues de mi vestido nuevo, justo a la altura del pecho.

Hay maneras y maneras. De hablar sobre música, de disponer festivales, de ayudarse. De darle su lugar a Bach y a otros. De reconocer el hambre y el vacío. De recorrer la Plaza de la Inquisición a medianoche buscando a una mujer hecha bulto. De cargar herramientas para sobrevivir. De masticar indignaciones y de diferenciar burras de *bourrées*.

## Chuleta de impresionismo

—¿Y por qué no había venido, güerita? —preguntó Yoni preparando medio kilo de milanesa de bola—. ¿Quiere que se la aplane más? —agregó con la coquetería de su diente de oro relumbroso.

—Anduve fuera —le respondí sin poder evitar sus miradas pícaras. Me ponían nerviosa sus albuces y la tardanza en golpear cada rebanada de carne roja y en acomodarla entre hojas de papel encerado. Me distraía con el ritmo de los palazos despiadados pasando tan cerca de sus manos, y tan pegadito al rincón de mis angustias. Imaginaba, como en cada visita a la carnicería, lo horrible que ha de ser quedar con las yemas de los dedos como pico de pato, tratando en vano de tocar después una cuerda.

—¿No me diga que usted trabaja? A ver, déjeme adivinar en qué.

Como cada miércoles de mercado sobre ruedas, el carnicero Yoni me arrancaba plástica, sonrisas y confesiones.

Las semanas en que decidía no pasar por la carnicería, por estar cansada de algún largo ensayo o harta de oír necias ironías provenientes de un podio, escuchaba sin falta su grito desde el extremo de la columna de puestos:

—¡Marchanta! ¿Ya se olvidó de mí o qué?... No sea malita, no me trate así.

Las clientas de poca conversación, que habían demostrado falta de interés cuando Yoni quería averiguar por quien votarían en las próximas elecciones, volteaban con curiosidad.



El carnicero me había atrapado de nuevo en su conversación sin prisa. Ahora se dirigía a mi hija preguntándole si viajaba yo con frecuencia. Lucía respondió que a veces, cuando había conciertos en otros lugares.

—¿Conciertos, pero cómo conciertos? —preguntó haciendo retumbar los vidrios de la vitrina.

—¡No me diga que es usted concertista!

La candorosa chamaca que me convirtió en madre un viernes luego de que toqué los *Pinos de Roma*, le dio toda clase de informes sobre mis actividades musicales, el color del arpa, las giras y hasta cómo quedaba la compra hecha y la casa organizada para los días de viaje. Yoni molía pulpa, rebanaba costillas y limpiaba trozos de aguayón entre guiño y sonrisa.

Al responder mi hija Lucía que el siguiente viaje era a Viena, el carnicero acercó sin preocupación la mano a la rebanadora y preguntó en *fortissimo*:

—¿Quiere usted decir a Viena, a la meritita capital del vals?

Habiéndome robado otra sonrisa más para su colección, el tramposo sin remedio me hizo prometerle una foto de Johann Strauss para colocarla en la vitrina junto al permiso de Salubridad.

Al fin viajé. En Austria encontré un aire pesado y difícil para mis cavidades. Hallé demasiados candiles, vestigios de crema batida en todos lados y añoranzas por una dinastía que me empalagó de más.

Vi en la ciudad de tantos compositores maravillosos, bardas pintadas con reproches a Hitler por no haber construido hornos más grandes, adolescentes rapados que escuchaban discursos nazis en audífonos solitarios, muchachos apáticos con ratas amaestradas sobre sus hombros,

matronas pálidas que arrojaban monedas con desprecio a los clientes de piel canela, y viejos tristes cargando susurros ahogados afuera del cementerio.

Conocí también dónde yacen huesos chicos y espíritus grandes, y observé demasiados pasajeros mudos, apartamentos prohibidos para músicos, árboles que retoñaban en punto de la misma hora y calles sin niños.

Volví con muchas ganas a mi patria, luego de haber conocido también liebres húngaras, la casa de Bartók, quien hubiera disfrutado enormemente un fandango jarocho, violines gitanos y peregrinos polacos que sonreían junto a sus carretas de papas. Necesitaba con urgencia soplar los ombligos de mis hijas cosquilludas, morder cilantro fresco, hablar con la gente en la calle, y llevarle a Yoni la foto de la estatua en el parque Strauss, donde se aburren las verdes y estancadas aguas del *Danubio azul*.

A partir del regreso, cuando le entregué la postal y eligió el mejor sitio para su colocación en la vitrina principal de la carnicería, las conversaciones musicales con Yoni giraron en torno a los conciertos transmitidos por la televisión y al intercambio de opiniones respecto a solistas, compositores y directores.

Un día de plaza lo invité a escuchar *Introducción* y *Allegro* de Ravel, ya que se quejaba con frecuencia de que la participación del arpa dentro de la orquesta no era suficiente para su gusto.

Luego de reír ruidosamente y creer que era albur el título del hermoso septeto donde el arpa vuela, me pidió con voz grave y discreta muchos boletos para ambas presentaciones del programa, pues tenía dos mujeres y por lo tanto dos familias. Me instruyó acerca de cómo comportarme en público con su bigamia y formalizó

asistencia a ambos conciertos organizados por la embajada francesa.

Acudió a cada uno con seis docenas de rosas rojas. Me besó la mano derecha y presentó en las dos ocasiones a una mujer sonriente, muchos hijos y vecinos de barrios distintos.

Al siguiente miércoles, entre rebanadas de carne, me dio material de reflexión para las clases de análisis y estética musical con asuntos que, según aseveró, le robaban el sueño:

—¿Qué es más importante: la velocidad de los dedos para moverse en un instrumento o el jícamo que le pone cada músico a lo que toca?

Le respondí que a mi juicio la técnica es una especie de esqueleto que soporta al intérprete, pero que huesos fuertes sin materia alrededor no sirven de mucho; y que jamás me han impresionado los solistas que hacen perfectas acrobacias incapaces de moverle un pelo o un poro a quienes escuchan.

—Ya lo sabía yo, güerita, ya sabía que eso mero me iba a responder. Mire estas chuletas, como a usted le gustan: hueso fuerte y buen material. ¿No quiere que se las pese sin compromiso?

El gran conversador, incapaz de dejar pasar oportunidad para mostrar la foto del maestro Johann, buscaba la manera de hablar sobre la postal con cada cliente de la fila: “Me la trajo la güera desde la mismísima capital del vals”, añadía, limpiándose las manos en el delantal ensangrentado.

—Ora bien —agregó al acomodar medio kilo de materia en una bolsa—, ¿sería mucho atrevimiento decirle que, además de que estaba usted bien guapa con ese

vestido colorado, y de que los conciertos me requeten-cantaron, traigo una comparación que me revolotea en la cabezota desde que la escuché tocar esa chulada de música? El programa decía quesque se llamaba impresionista... Impresionista es poco, güerita, *impresionante*... Chulada de impresionismo, chuleta fina, chuleta francesa. ¿Podríamos decir, además, que el arpa viene siendo a la música lo que el francés a los idiomas?

Me despedí admirando la atinada comparación, después de pagar con pesos del pasado y de guardar en la canasta las chuletas del presente con que finalizó su discurso, y con el que, de paso, me albureó como todas las semanas.

A la hora de la comida sonreí a cada bocado, escuchando las sensuales olotas rojas con que el elegante mago Maurice sabe inundarnos las orejas.

Mi hija me preguntó por qué sonreía tanto.

—Chuletas de impresionismo —mastiqué para mis adentros antes de hacerle cosquillas.

## No es tamal Chaikovski

—¿Es cierto que por aquí hay pumas, *seño*? —le pregunté a la mujer recargada en un costado de la iglesia, esperando que mi compañera la clarinetista embarazada saliera del baño.

—Pues antes había muchos, pero los han ido mate y mate —respondió sin quitar la vista de sus dos canastas cubiertas de plástico azul— o se murieron de frío.

Sacudí el agua de mi ropa y entré a la iglesia de Timilpan. Sillas, atriles y algunos instrumentos aguardaban ya a sus dueños. El olor a nardos de ese diciembre era más fuerte que el olor a nardos de mi infancia, casi tan picante como la mostaza de la torta que me preparó mi madre el día en que aprendí a nadar.

Avancé por el pasillo oscuro entre velas, incienso y el latín de las últimas oraciones previas al concierto. Sentí la cortante presencia del aire de fin de año: el desesperado bibliotecario de la orquesta recogía las partituras que no se quedaban quietas con la necesidad del viento.

Como ya estaba oscuro y soy miope, tardé en darme cuenta de que faltaban vidrios en las ventanas del templo. Mis pies helados pronto le avisaron a los huesos que la iglesia estaba en plena construcción: la mitad del suelo era tierra aplanada y la otra, baldosas con polvo luminoso, como si al terminar la tormenta las estrellas se hubieran escurrido por los agujeros previstos para los futuros vitrales. “Otro presupuesto que no alcanza” —pensé.

En una esquina del recinto estaba mi arpa. Un grupo de mujeres que había asistido al rosario se quedó a mirar los movimientos de acomodo para el concierto. Algunos

niños caminaban atrás de mí con expectación de circo para observar aquel instrumento grande que aparecía bajo una funda verde.

—¿Cuántas cuerdas tiene? —preguntó, cuando terminé de descubrir mi instrumento, un muchacho flaco que había crecido varios años con la misma chamarra. Mientras le contestaba, empecé a afinar una de sus cuarenta y siete, con muy torpe movimiento de los dedos.

—¿Cómo le voy a hacer para tocar tres cadencias de *ballets* de Chaikovski con este maldito frío y los dedos como paletas de guanábana? —murmuré preocupada.

Los niños a mi lado se frotaban las manos y escondían cuellos y orejas entre sus hombros temblorosos. Maldije al encargado de la programación del concierto municipal de ese viernes: demasiadas notas acarameladas para un diciembre frío en los bosques del Estado de México.

Al buscar un espacio donde el arpa no se tambaleara, observé un trozo de suelo plano. Resultó ser una lápida con el nombre del finado y pensamientos que redactaron sus familiares. Algunas imágenes me distrajeron con escalofríos diferentes: muertos que cuidan un templo inconcluso, huesos que rechinan bajo tierra y espíritus que juegan al falso contacto con el único foco para leer partituras.

—A pesar de todo —recapacité—, me gusta el eco de las iglesias y que la gente entre a escuchar en silencio... Hasta los rostros de los sufridos santos que tanto me asustaban de niña se suavizarán con estas melodías empalagosas de otros tiempos.

Las corrientes de aire empezaron a disfrazarse de *crescendos* justo cuando la obertura dio inicio al concierto. Las bancas de madera húmeda estaban llenas de

asistentes que habían vaciado sus roperos para compensar tamaña inclemencia. Los músicos polacos se quejaban entre escalas del invierno mexiquense.

Como no era mi turno para tocar, salí por un costado del templo. Nada parecía servir: ni las axilas tibias, ni las bolsas de la falda, ni el soplido o el frotado de una mano contra otra. Y *La Bella Durmiente*, *El cascanueces* y *El lago de los cisnes* con sus arpegios delicados y enormes se acercaban sin haber encontrado yo todavía un remedio para el frío.

En el umbral de la iglesia, junto a los paraguas de mis cien compañeros, seguía la mujer con sus dos canastas. Armaba una mesita de madera donde acomodó una olla de peltre con humeante champurrado. Me ofreció una taza, pero le expliqué que faltaban pocos minutos para empezar a tocar muchas notas, y que estaba preocupada por tener las manos tan heladas.

—¿Qué va a tocar? —me preguntó.

—El arpa que está allá, junto al san Isidro y los dos bueyes —respondí con malicia dirigida al director y a sus acompañantes.

—No, me refiero a qué cosa va a tocar —añadió sonriendo como si fuera mi cómplice.

—Pedacitos de *ballets* rusos, si el frío me deja. Necesito que los dedos puedan agarrar bien las cuerdas, y de plano no quieren moverse...

—Y bueno, un tamalito... ¿No le dará tiempo aunque sea de un tamalito?

—Después del concierto —le prometí.

Me retiré friccionando mis asustados dedos y avancé de regreso hacia el altar. A los pocos metros me alcanzaron los pasos veloces de la mujer que me susurró al oído:

—Detenga este tamal caliente hasta que vaya a tocar. Se lo envolví en un plástico para que no se le engrasen las manos. Sirve de que se le quita el frío y puede usted agarrar bien las cuerdas con sus dedos. Le va a durar mucho rato el gusto y a mí, pues el contento de escucharla.

Nos llegó el turno a Chaikovski y a mí. El encanto dulzón de sus melodías fluyó sin problema gracias al calor de un tamal de pollo en salsa verde y a una sensibilidad generosa como cazuela llena.

Desde entonces quedé agradecida a la sonriente mujer de Timilpan, con quien compartí al finalizar el concierto el placer de detener una taza caliente entre las satisfechas manos. Las bufandas en los cuellos de los músicos, el arpa bien tapada, los contrabajos en sus estuches y las partituras en una caja de detergente estaban listos para el viaje de regreso.

Me despedí de la mujer amable luego de contarle historias sobre la vida del pobre Piotr Illych, quien murió en tierras heladas sin sospechar siquiera las maravillas que pueden atesorar las hojas cálidas de un buen tamal.



## Pozole mío

*A Walter*

—Te toca contarme un cuento, mamaíta —pide mi amigo salvadoreño sabiendo que faltan siete largas horas para llegar al lugar del concierto—. Yo ya te platiqué la historia de los pericos de mi tierra —agrega.

Entre el olor a diesel y el aburrimiento de mi cuello rebotando en el autobús orquestal que atraviesa las dunas norteñas, recuerdo su relato.

“Esa historia es tan hermosa como el sol del desierto”, pienso mientras busco con la nariz pegada al vidrio el rastro de la lejanísima bandada verde. Son las aves que cada tarde cruzan San Salvador de extremo a extremo en su diario viaje del volcán a los arbustos de descanso.

Imagino también las caras de los niños que cesan sus juegos o el paso de las mujeres encendiendo el fuego, guiados todos por el escándalo de los puntuales pericos salvadoreños. Jalen con sus picos el envidiable telón del atardecer de las tierras húmedas del sur, donde la gente abre sus manos para dar lo que tiene.

Evoco al padre de mi colega y amigo mezclando el cemento y las historias con que lo entretenía: un tanto de cal, una melodía bien silbada, recomendaciones para cuidar sus deditos de aprendiz de músico y un balde de agua para fraguar, con sus sabias manos de albañil cantador, casas que saben permanecer abiertas. Me maravilla la precisión campesina de su instinto paterno al colocar el agua exacta en la semilla correcta, y recuerdo algo muy distinto y contrastante. Elijo los tabiques de la narración que me pide.

—Pues he ahí que antes de que entraras tú a esta orquesta, estuvimos todos en la cárcel modelo —inicié el relato—, invitados a comer y a tocar por petición de las damas voluntarias.

Sus trajes sastre eran del mismo color que las rejas de la prisión. Llegaban del salón de belleza y estaban nerviosas por el discursillo que echarían antes del evento musical. Como no nos permitían sacar los instrumentos y nos vigilaban con celo, me senté a observar sus pasos indecisos, la incoherencia de sus movimientos y los arreglos del comedor.

—Parece ser que vamos a tocar hasta después del pozole —me informó un compañero.

Se hizo tarde: el abrir y cerrar de tantas puertas y las largas revisiones de estuches nos abrieron el apetito a pesar del aire herido que se cuele por los barrotes. Las damas voluntarias caminaban con el filo de sus tacones. Parecían pollos patinando sobre las incómodas diferencias de los mosaicos de ese galerón con los de sus lustrosos comedores.

En el rectángulo se dispusieron largas mesas con rábano y cebolla picados con cuchillo inclemente, pequeñas cazuelas con orégano, salsa y lechugas marchitadas. Nos sentaron alrededor de las mesas del comedor. Los internos, con uniformes deslavados y amarillentos, entraron con charolas pandeadas para servirnos pozole.

Una de las damas, adiestrada para sonreír a los damnificados, tomó el micrófono para informarnos que mientras comiéramos el platillo, los grupos ganadores de los concursos musicales organizados por ellas mismas amenizarían el ágape.

Tras la explicación sobre la importancia del arte en la cárcel modelo, y su función social fuera de ella, los internos que antes cargaban charolas, se presentaron a los costados de las mesas con congas rajadas, maracas de arenas fugaces y bongoes torcidos. Tocaban la salsa más desangelada y triste del continente: música de trópico a ritmo de funeral, a pulso de plañidera agotada de tanto llanto. Las absurdas explicaciones se perdieron en la timidez de los ritmos sin sentido.

Los reclusos-ejecutantes apenas movían las manos, y los parches de sus tambores no tenían intención alguna de vibrar. Los rostros lánguidos me robaron el hambre y un frío absurdo abrió mis ojos: jamás había escuchado música supuestamente picante salir de presencias tan invisibles como el agua insípida del perol. Sentí la imperiosa necesidad de respirar profundo, como al inicio de una frase que debe tocarse con decisión. Me urgió correr en algún valle generoso y hacer volar un verde papalote de notas hiladas y fuertes, soltando el cordel con las manos. Ni rastro del volcán, de los niños, del humo, de la leña o del feliz parloteo de los loros viajeros.

A los pocos minutos entraron doce hombres de anchas espaldas, uniformes de mariachi con adornos plateados y brillantes como sus dientes. Cantaban con vozarrones más grandes aún que sus vientres, mayores que sus guitarrones de curvas exageradas y que el acordeón Honner. Eran los Comandantes de Tolloca haciendo sonar, además de bolsillos cargados, las placas de sus batallones triunfales.

En el concurso, según nos informó una dama de peinado de concreto armado, habían participado “asimismo destacados elementos de la policía”. Otro tipo de uniformados, con afición de sonarle duro a la música.

Se deslizó por mi glotis un pedazo de lechuga rebelde: no lo había podido tragar cuando tocaron los internos, ganadores del premio de consolación consistente en pozole aguado y concierto con nosotros, la orquesta estatal.

Continuaron cantando los policías merecedores del honroso primer lugar en forma de billetes nuevísimos. Imaginé lo exhaustas que quedaron las jueces tras la difícil selección. El absurdo poder, ese tremendo y dañino hechicero que aparece en formas diversas, cerró aún más mi garganta indignada. El trozo de lechuga se marchitó de tristeza en un oscuro rincón de mis tripas inmóviles.

Los pálidos percusionistas reclusos, una vez guardados sus instrumentos, nos retiraron los platos y desaparecieron. Se autorizó la entrada de la orquesta al auditorio del penal.

Nuestra solista, soprano de gran escote, cara maquillada y gestos cortantes, calentaba su garganta a gritos. Traté de afinar mis cuarenta y siete cuerdas para acompañarla.

Los internos se desplazaron en filas hacia las butacas, escoltados cada metro por custodios uniformados y largas armas. La ropa les quedaba grande y la sonrisa muy estrecha.

En un costado del teatro los familiares agregaron un leve toque de color a los asientos: un mandil rosa, paliacates para sonarse, una chamarra con letras rojas y el gorro azul de un bebé inquieto por conocer a su padre encarcelado.

En los asientos se instaló una pausa metálica y pesada. Mi corazón, a ritmo del correr de los muros que nos contenían, escuchó a la soprano iniciar su selección de

arias de ópera. No convenció con su versión de las tragedionas italianas a los uniformados de uno y otro lado ni de la desesperación de Tosca ni de la tos de Mimí. Prosiguió con melodías internacionales que las damas del voluntariado habían elegido para aliviar las horas de los reos. Cuando inició *O sole mio* sentí un temblor saliendo hacia mi lengua. Demasiadas transformaciones para una tarde: el pozole mío, abandonado en el comedor, sonaba ahora muy agudo. Contagié con espasmos de risa asustada y nerviosa a los chelos y a los contrabajos, que tampoco estaban muy convencidos del beneficio del papel pautado sobre los alambres de púas que remataban cada *trémolo*.

La empolvada cantante se agachó a recibir los escasos aplausos del público bostezante. De su escote escaparon dos senos blancos como maíz cacahuazintle. Los aplausos se convirtieron milagrosamente en clamor de chiflidos, *ajúas* y aventadero de cachuchitas color traje sastre. Un verdadero *crescendo* súbito rompió mis reflexiones y el pasmo del programa.

A silbatazos, los vigilantes armados emprendieron abruptamente la retirada de presos y familiares, cada cual por su pasillo. Nosotros empacamos los instrumentos imaginando que dentro de los estuches, sobre todo en el enorme del arpa, se escondía algún desesperado enemigo de los concursos. Traté de calcular el tiempo necesario para respirar algo: aire, frase musical, esperanza o sueño dentro de una caja de arpa o en el interior punzante de un penal. Mi cerebro se amotinó y decidió, como las sonrisas de los presos, dejar de funcionar hasta estar muy lejos de ahí.

—Todo esto pasó hace años —continúo—, cuando las rejas de Almoloya no eran tan famosas como las de Chapultepec, cuando tú no estabas todavía en esta orquesta y los políticos amarraban a sus perros con chorizo. Sucedió en los días en que te acostabas en los árboles chaparros para ver pasar cada tarde las nubes esmeralda de los pericos de tu tierra. Tu madre te pedía: “Tráeme el maíz y ayúdale a papá a poner esos ladrillos, que se te hace tarde pa’ tu clase de violín”.

—Mamaíta, no inventes, esos son puros cuentos tuyos —responde mi amigo. Sonríe bajo los bigotes que heredó junto con los enormes valles, con las verdes aves entregadas a las piruetas del aire libre y con la fluidez de los sabios cuentos que preludiaron sus sueños de niño. Los heredó del caminar firme de su padre, del mismo hombre que tanto supo sobre construcciones sólidas y razones tan bien puestas como las puertas de su tierra que, generosas, abren sus amplios brazos de madera para dar la bienvenida.

Me regaña con cariño: —Qué mentirosa sos, quedamos en que hoy sí tocaba una historia de verdad...

## Las alas de Zanetti

Sin duda eran aletazos. De esos que pueblan los aires sin dejarse ver, viajeros y grandes como los años amarillentos de viejos calendarios.

Las imaginé así desde el rincón de la bodega de instrumentos del Teatro Nacional, donde conocí por primera vez el arpa que mis colegas cubanos me prestaron para el recital.

Por falta de luz en las horas de apagón eléctrico, arrastré el arpa hasta la ventana, atrás de las cortinas enrolladas en el suelo y de las cajas de tramoya. A través del vidrio roto entraban a la penumbra pegajosa, luz para el atril y aire fresco para mis pulmones.

Sentí los aletazos de esa presencia benigna poco después de empezar a pulsar las cuerdas. Llegó con cuidado y se dispuso a escuchar cada uno de los días en que ensayé ahí a solas.

Sucedió de igual manera durante las tres sesiones en que mis dedos se acostumbraron al arpa cubana y a sus calores. La bodega de instrumentos de la Sinfónica de La Habana está contigua al foro donde los bailarines de la Compañía de Danza Contemporánea preparan sus espectáculos. La otra parte de su entrenamiento la reciben en el sudor de las calles bloqueadas, al subir escaleras, al caminar largos trechos por falta de transporte, trabajar a oscuras, esperar de pie el alimento o viajar trepados en una bicicleta compartida.

La música que estudié con ahínco para ese recital provenía de otras tierras generosas en ritmo: *Canto aborigen* de Juan Francisco Sanz, un talentoso compositor

venezolano que supo crear un lenguaje fresco, vivo y atinado con melodías indígenas de su patria.

Cuando mi compañero flautista llegó a La Habana, ensayamos en el mismo oscuro rincón. Volvimos a sentir el paso *legato* de las enormes plumas invisibles que nos espiaban. Al igual que cuando practicaba yo sola, no nos sobresaltamos: era alguien con verdaderas ganas de escuchar. Se escondía entre las barricadas de cortinas y cajas. Sabía permanecer inmóvil y respirar quedo.

Cuando finalizamos nuestro ensayo, cruzamos por el foro donde los bailarines calentaban sus músculos. Con pasos de piernas largas y un pantalón cubierto del polvo del suelo que acogía sus músculos entre salto y salto, se acercó a nosotros Zanetti.

Brillaban en la penumbra del teatro el aro colgando de su oreja, la confianza de sus dientes y ojos y el sudor de un torso moreno y fuerte.

—¿Cuándo ustedes tocan? —nos preguntó.

Dejó de sonreír cuando le informamos que sólo daríamos un recital al día siguiente.

—Es que yo tengo que bailar con ustedes —dijo con la misma certeza con que se desplazaba en el escenario, en giros por suelos y aires junto a la puerta abierta del teatro que le regalaba luz—. Es más fuerte que yo: es algo que tenemos que hacer, chica —agregó.

Como nuestros anfitriones no habían pasado a recogerlos todavía, sacamos el arpa del sitio donde pasaría la noche antes de su traslado al lugar de nuestro recital.

Ideamos un *encore* que serviría de regalo al público cubano y de oportunidad para darle cuerpo a la danza de Zanetti con el *Toque de Votoroyó*, de los guajiros cercanos al Amazonas. Nos describió esta música aprehendida



con precisión. La había seguido días antes, desde su escondite sin luz, como a un llamado religioso.

Una vez acomodados los atriles y las partituras iniciamos los siete octavos meditativos que preludian con suavidad un pasaje de cambios rítmicos que entraron por los oídos de Zanetti y le movieron el cuerpo completo.

Con la seguridad de quien sabe detener al viento, inició su improvisación como si hubiera bailado nuestra música desde los años en que su agotado bisabuelo dormía en las barracas de una hacienda en Santa Clara.

Los músculos del muchacho contaban con fuerza los sueños de su ancestro, el Zanetti de fines del siglo pasado. El hombre soñaba, perdido en la noche, que no era esclavo del patrón italiano que le grabó el nombre europeo en la piel africana.

Los brazos del bailarín hablaban de serpientes en los cañaverales, y su cuerpo sudoroso, de castigos en la espalda y las tremendas ganas de escapar. Bailaba con la fuerza de su bisabuelo al cargar la caña y con la ira de sus quijadas silenciosas.

—¿Cómo te sentiste?—le pregunté al concluir el movimiento musical y las piruetas de su cuerpo.

Con una sonrisa que le subió por los fémures asintió cuando lo invitamos a repetir el ensayo. Al finalizar quedamos en vernos al día siguiente, unos minutos antes del recital, para decidir cómo regalar a nuestro público tan inesperada sorpresa.

El viernes a mediodía, una vez desplazada el arpa al foro lleno de banderas de nuestro continente con un enorme y colorido árbol de la vida al fondo, mi compañero flautista y yo nos dispusimos a estrenar formalmente nuestro recién bautizado dúo *Bemole de Olla*.

Zanetti apareció de pronto, a tiempo y sin hacer ruido, según su costumbre de pantera. Llevaba una estrecha bolsa de plástico donde guardaba con cuidado sus mallas y leotardo negros, el atuendo para las ocasiones especiales.

Escuchó el recital atrás de las cortinas, a pesar de los treinta y seis grados y los reflectores potentes encima de su cuerpo. Escondido, antes de que llegara el público, respiraba para repartir calma a cada centímetro de su cuerpo entre las frases y compases que nosotros íbamos tocando.

Luego de una nítida sonata de Joaquín Gutiérrez Heras, nacida en México, y de piezas que evocan flores al oído-nariz del compositor puertorriqueño Roberto Sierra, desfilaron por la sala de concierto el saludo religioso de los motilones, el canto de curación de los yanoamas, el dolor funerario de los yupkas, el carrizo fresco de los guahibos, el amor y el júbilo de los warrao, y otras delicias selváticas.

El cálido público cubano recibió y aprovechó cada nota con el mismo cuidado que en la golpeada isla se le prodiga a un vaso de agua, a un pequeño bocado y al paso de los zapatos sobre los agujeros de las calles.

Después de tocar nuestra peculiar versión de *El Balajú*, anunciamos una segunda sorpresa: retomar el movimiento que nuestro ágil amigo eligiera.

Ante los atónitos ojos de los espectadores, apareció el cuerpo largo y fuerte de Zanetti. De reojo, y con ganas de quitar mis ojos de la partitura, podía verlo volar sobre el piso de mármol: giraba y caía como si la piedra fuera agua. El público contenía la respiración en cada vuelta y enviaba de regreso su silencio al conmovido escenario.

Las banderas que lo observaban desde el techo y las figuras de barro iluminadas detuvieron su aliento de colores.

Al finalizar los saludos y abrazos que posludian un concierto, Zanetti nos presentó a su alumno francés. Era un muchacho que había recibido beca de su país para entrenarse en boxeo.

Ya en La Habana, vio bailar al sin igual ángel de nuestro *encore* y le pidió que lo entrenara para añadir agilidad a su técnica pugilística.

Pocas clases después, el boxeador francés decidió dejar los guantes de pelea y aprender a bailar descalzo en la oscuridad.

Así los encontré en la penumbra de mi primer ensayo en ese teatro de aire pegajoso. Pensé que jugaban a ser campeones o que calentaban músculos con saltos de *ring*. Me equivoqué: Zanetti lo ayudaba a preparar la coreografía con que regresaría a Francia para contarle a su desinformado entrenador, con giros y danza, la historia del muchacho que dejó esas luchas para siempre.

Cuando saludamos al público al terminar la presentación, Zanetti y yo nos abrazamos muy fuerte. Al darnos las manos empapadas e inclinarnos para hacer la caravana acostumbrada, observé el temblor de sus pies fuertes y rugosos.

—Por eso no hacen ruido. Han sabido viajar con el tiempo. Son los pies que hacen enmudecer a las olas con su vuelo: el bisnieto de un esclavo que soñó con palomas y halcones y águilas, anda haciendo de las suyas en la penumbra de un teatro —le dije al centro de mi estómago, tal y como Zanetti aconsejó a los alumnos que querían aprender a volar.

Hay alas que son así.

## **El poder de ese mago (sueño medio tonto pero no tanto)**

*A mi Bosse*

Fue gracias a este sueño que Ese Mago apareció. (Aunque este sueño era la continuación de muchos otros, tal y como sucede en la vida real.)

Caminaba yo entre muchas personas que se dirigían hacia el auditorio de la preparatoria de la que salí hace veinticinco años. Me llamó la atención escuchar los motivos que algunos hombres tenían para regañar en público a sus mujeres y percibir cómo ellas apenas abrían la boca. Si lo hacían, los improperios subían de tono.

Recordé haberles explicado a varios varones, fuera del sueño, en la vida de los despiertos, los terrores que tantas mujeres guardan en sus corazones. Con frecuencia mis interlocutores se reían:

—¡Viejas chillonas! No seas exagerada: esas cosas ya no suceden en nuestro país. Menos ahora... Será en ciertas clases sociales —aseguraban.

Algunas mujeres con niños en brazos y yo ya no escuchábamos frases tales como: “Tienes las chichis caídas”, “Ni te atrevas”, “Me choca que hables con hombres”, “¿A quién ves?”, “¿Desde cuándo los patos les tiran a las escopetas”, u otras como “¿Otra vez tienes concierto?”

Me desplazaba por el empedrado de la calle donde se me reventó la fuente la primera vez. (En otro sueño de los que viví despierta, más antiguo y muy vívido: salí del conservatorio una hora antes para volver a casa, pues

presentí que mi primera hija querría nacer pronto, suave y húmeda entre mis piernas.)

Con paso ausente, adivinaba yo los enojos de aquellos hombres sin siquiera mirar sus caras. *Andante, andante assai*, porque el estreno de la obra estaba por iniciarse. Y yo, luego de tantos años, actuaría de nuevo: *Andante allegro*.

Los maridos que había yo observado no cesaron de vociferar. Dejé de escucharlos cuando el gentío a la entrada del auditorio nos separó.

Decidí alejarme de los hombres que regañaban a sus mujeres. (Me sigo alejando.)

Los murmullos de la multitud llamaron mi atención y apretaron los cuerpos de mis cuatro hijas contra mi falda. (Luego de la primera criatura nacieron la segunda, y luego la tercera y cuarta juntas en el silencioso transcurso del tiempo doloroso en que yo no hablaba de mis sueños tontos, pero no tanto.)

En el pasillo que llevaba a la entrada principal del auditorio, Ese Mago se dejó ver. Era enorme, con largos bigotes curvos que caían sobre el pecho cubierto por una gigantesca capa negra con la que iba abriéndose paso entre la expectación. Juíiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiish.

El numeroso público que aguardaba el acceso al espectáculo se abrió como el Mar Rojo. Ese Mago me señalaba con los poderes de su vara de oro y plata mientras profería con voz de trueno las palabras mágicas de mi niñez: Ocrán-Sanabú. Hace mucho que no veo los tomos del diccionario enciclopédico, ni contemplo esas palabras mágicas guiñándome con destellos dorados desde el librero, pero jamás las he olvidado: cosas de la magia.

Al sentir el humo colorado llegar en línea recta desde la varita mágica de Ese Mago hasta mi garganta, los técnicos del teatro me montaron sobre un arnés que me elevó por los aires.

—Ahora empieza tu actuación —me dijeron con ánimo.

Tuve tiempo de explicarles a mis queridas hijas que no se angustiaran, que sólo era una historia y un vuelo ensayados desde tiempo atrás, que al rato aterrizaría junto a ellas y que nos veríamos a la salida. (Creo que el guión me lo aprendí a escondidas, porque en los sueños de otros tiempos y lugares no me estaba permitido leer ni tener opinión propia. Mucho menos escribir o tocar a mis anchas. Pero no lo recuerdo con exactitud: han pasado varios lustros brumosos como la tinta de los pulpos que escapan de sus enemigos.)

Ese Mago inició los diálogos brincando de un lado a otro del escenario. Yo, más que cumplir con mi papel, lo inventaba con exactitud, como si en verdad lo supiera, como si sirviera de algo pensar durante años de silencio mineral: “Ya no quiero estar aquí, no me gusta el papelito que me tocó, quiero volar y abrir la boca; ya casi estoy lista, ya casi. ¡Ya!”

La música sonaba al mover mis pies, y al sacudir la cabeza, los trucos escenográficos se cumplieron uno a uno con magia y sincronía.

El vuelo era cada vez más circular y amplio, como la falda blanca con que le tumbaba el sombrero a Ese Mago, quien reía con la fuerza de un quinteto de metales. La cuerda atada al arnés era invisible y resistente. Dancé entonces sin gravedad alguna, con la ligereza de los astronautas, el descaro de los halcones sobre los valles y

con plena confianza: abajo me aguardaba Ese Mago. Sus palabras mágicas y carcajadas me alcanzaban sin importar lo alto de mi vuelo.

Se descolgó del techo una pequeña arpa con la que acompañé algunos diálogos de la historia teatral. Ese Mago hacía aparecer otros instrumentos y los apuntaba al techo para que sus melodías se trenzaran con las mías.

No recuerdo en este sueño de qué trataba el argumento de la obra. Supongo que a nadie le importa. Por lo menos, a mí no me preocupa. (Esta mañana, al despertar y contarle a Ese Mago el sueño completo, sonrió complacido incluso con los huecos de la historia, con lo absurdo y también con lo comprensible. Por eso amo tanto a Ese Mago: sonrío y escucha con la fuerza del aire que arroja el Mar Báltico que lo vio crecer.)

Lo bueno de este sueño fue que tras muchos giros, la obra concluyó en un dulce aterrizaje, y que Ese Mago y mis cuatro hijas me esperaban junto a la puerta trasera. La multitud salía arrastrando a aquellos hombres apun-tadores de las faltas de sus mujeres. Ahí quedaron, apla-nados sobre el pavimento. Lo malo es que muchas de ellas siguen el camino de la costumbre que ellos marcan en escenas que están de más, que se llenaron de polvo caduco.

Y lo mejor de Ese Mago, fuera y dentro de los sueños, es que no se saca regaños incoherentes de la manga ni realiza trucos sucios. Tiene, además de actos consistentes y hermosos, una capa enorme e invisible con la que viajamos muy alto improvisando textos. Después de combinar nuestras lenguas, elegimos vocablos tontos y no tanto, *sempre volando assai*.

## Coda húmeda

*A las damas ballenas y a otras mujeres,  
por aventar chorrazos de alimento a sus crías*

—¿Los mártires no podían decir que había muchos dioses para que no los metieran en aceite caliente, salir de ahí corriendo, y luego creer en lo que les diera la gana? —pregunté varias veces en mi niñez.

Cuando sugerí a un sacerdote que cambiara los garbanzos crudos que se colocaba dentro del zapato en Cuaresma por unos ya cocidos, perdió la compostura y dejó de contarme cuántas ratas había comido encarcelado en China.

Recuerdo otras muchas preguntas impertinentes que he hecho. Hasta las de esta mañana. No memorizo todas las respuestas ni me detengo a sopesar los rigores religiosos en los que crecí. Voy de paso, pues.

Muchas interrogaciones y afirmaciones se han ido con el agua, uno de mis mejores cómplices. Otras han germinado gracias a la humedad que dejan los años propios y a las experiencias con cierto peso.

He llegado a esta edad con la ayuda del agua, de la música y del amor en diferentes presentaciones. Agua viene siendo lo que bebo, lo que he llorado en dolor, lo que he sudado felizmente y lo que mantiene mis vuelos cuando nado. Sigo llegando a las edades que me faltan por cumplir gracias también a la silenciosa voz que me ha enseñado que el humor sí es acuático, y que todo puede resbalar o germinar si cae en las condiciones adecuadas.

Durante los primeros quince años de mi vida fui callada y tímida. Ahora todavía lo soy, pero lo disimulo con descarado cinismo.



Todavía me pregunto cómo pueden los estudiosos medir cuánto pesan los genes y cuánto marca el medio ambiente. Yo estaba segura, en aquellos años de timidez, de que algún día podría hablar sin que los ojos se me humedecieran, o de que si se me humedecían no importaba. Crecí esperando el momento.

A mi madre, a esa hermosa mujer a quien tanto extraño, le dio por quitarme los miedos haciéndome viajar sola por donde se pudiera. En cuanto sentía confianza con alguna familia amigable, extendía sugerencias de intercambio de hijos en vacaciones para aprender otro idioma, ayudar al prójimo, desenvolverse en tierras extrañas o lo que se le fuera ocurriendo, que como madre de ocho, era muchísimo.

El noviciado comenzó al norte de mi casa, en la cola para comprar tortillas: la tarea consistía en pedir un kilo que costaba un peso. De pilón un sudor pegajoso y calambres nerviosos en la glotis. Luego me mandaba a comprar dos cebollas moradas, o unas gasas para poner compresas calientes en el pecho de algún hermano afiebrado.

El siguiente entrenamiento lo realicé más al norte: en Chihuahua, donde aprendí algunas groserías bastante útiles para vencer la timidez. Y luego en Texas, más arriba del norte, donde lloré un mes entero porque a las gringas de doce años solamente les interesaba hablar de unos globitos que se ponían los hombres para no tener hijos, besuquear fotos de los *Monkeys*, pintarse las uñas de colores fosforescentes y secretarse en los baños de la escuela. Yo sólo quería volver a casa.

Soporté la nostalgia leyendo bajo una sábana y con una linterna hallada en una tienda de campaña *scout*. Preferí ver patas de insectos bajo el microscopio *Mi*

*Alegría* que me trajeron unos Reyes Magos que dejaban pistas en el patio. Era mucho mejor rascar cuerdas de guitarra imitando al abuelo recién fallecido.

Fui una niña feliz observando a *Gos*, el perro fiel que empañaba los vidrios de los ventanales de la capilla mientras finalizaba la obligada misa diaria y mis hermanos y yo salíamos en fila. Lo más fascinante de las muchas horas que pasé en las iglesias, fue ver al organista. Leía dieciseisavos barrocos como si fueran las letras del mejor cuento jamás escrito. Descubrí que escuchar a Bach es la religión que verdaderamente me conmueve y que su música es la puerta de todos los cielos.

En Hidalgo presencié campañas para despiojar niños otomíes, horas de catecismo acompañadas por galletas de animalitos, y venta de pan de caja entre mezquites y pueblos sin agua.

En la Sierra Tarahumara aprendí algunas palabras rarámuris en la clínica donde les cantaba a los niños enfermos antes de darles la medicina. Me enseñaban su lengua materna mientras yo trapeaba los pisos de madera con desinfectantes de antes y *ba'wí*, nuestro vital líquido. Ahí me despertaron la voz, la conciencia y mayor afición a los viajes.

Aprehendí la música de las palabras indígenas, la seducción de sus violines y la eficiencia de las lágrimas como elemento de limpieza. Aprendí a hornear pan en hornos de leña, a inyectar medicinas donadas, a admirar partos, a comer agua con frijoles, a tragar pinole y a beber tesgüino en la misma vasija que los danzantes de las fiestas del Yúmari. Supe entre peñascos y a ciencia cierta que estaba enamorada de la música, de los valles, de la libertad y del agua en todas sus presentaciones.

Los años pasan flotando, vaya descubrimiento. De repente, el tiempo se detiene y los días no resbalan tanto. Como la niebla o el rocío que se estacionan un rato en las barrancas. Agua por todos lados, por dentro y por fuera.

Así veo las gotas de sudor en el cuerpo de una mujer que, como yo, ha sido volcán a punto de explotar cuando su criatura decide salir.

—Soy un monstruo bicéfalo por unos instantes. Tú y yo, hijita, gritamos al mismo tiempo, las dos muy húmedas. Ya estamos aquí, juntas, luego de tanta espera.

A veces, el tiempo es una ola espiral: la avidez del bebé hambriento buscando un pezón que revienta. La leche pide a gritos saciar su primera hambre, quiere convertirse en el abrazo más redondo.

La complicidad del elemento llega a extremos que no son para confesarse así nomás: existe también el hambre recíproca de los que se aman, se humedecen y se recrean en mares de vida.

Mientras se suceden estos ríos y arroyos, le arranco sonidos de agua a mi instrumento de madera y tripas: finalmente soy solamente un animal que yo misma dibujé con acuarelas cuando cumplí diez años.

Esta coda se compone de lluvias y goteras, de miedos y pasos, de olores de dentro y hechos que pueden borrarse o no.

Me veo en este charco: el reflejo de mis piernas, mi sexo, mis pechos, las marcas de una cesárea, los golpes invisibles, las certezas necias, las ilusiones estúpidas y verdaderas, los dedos largos y las manos flexibles.

Estoy feliz: soy la misma niña, la misma mujer demente y cuerda.

**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en enero de 2006

Diseño de portada  
**Retorno Tassier, S.A. de C.V.**  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 12, 13, 16 y 22 puntos

Editado por  
**DEMAC**